



Matan al mulato Tony Durán en un pueblo de la provincia de Buenos Aires en el que hay un misterio encerrado. Del asesinato culpan a un sirviente chino del hotel en el que se aloja el mulato. Durán llegó a ese pueblo con dinero y, en apariencia, tras las gemelas Sofía y Ada, hijas del viejo prócer Belladonna, a las que había conocido en jaranas escandalosas en Atlantic City. El comisario Croce cree saber qué hay detrás del enigma y la muerte del mulato Durán; el fiscal Cueto «organiza» los papeles jurídicos para tener razón. Llega Emilio Renzi, el periodista álder ego del propio novelista-narrador. Aquí está ya la novela: *Blanco nocturno*, de Ricardo Piglia, que Herralde (Anagrama) me envió antes del verano. De modo que la leí con el mismo placer y pasión que *Respiración artificial*, *Nombre falso*, *Plata quemada*, *Prisión perpetua* y *El último lector*. En casi todos los títulos aparece Emilio Renzi, la imagen de Piglia en su espejo literario, cuyo padre le enseñó, entre otras muchas cosas, que la paranoia es un estado (de alteración o no) psíquico normal: cualquiera mira para atrás y tiene un escarabajo parecido a Samsa pegado al culo, persiguiéndolo.

Recuerdo que fue Piglia quien me dijo que fuera a ver el Tigre. Estábamos cenando en Las Lilas, en Puerto Madero, tras la presentación que hizo él en Buenos Aires de mi novela *Así en La Habana como en el cielo* y, de repente, me preguntó si ya conocía ese lugar selvático lleno de agua y misterio. «Entonces, ándate al Tigre, hombre», me recomendó. Y fui al Tigre. Y de ahí salió mi novela argentina *La Orden del Tigre*, de aquella primera visita junto a Rodríguez Lafuente, Claribel Terré y algunos amigos más. Ante la casa de Sarmiento surgió como un milagro la epifanía de la novela.

Siempre sospeché que quien me dijo que fuera al Tigre no fue exactamente Piglia, sino Renzi, personaje que en *Blanco nocturno* rige la narración con las manos del pianista a quien en ningún momento del espectáculo ante el público se le escapa la más mínima nota de la música previamente escrita. Cuando Martín Prieto leyó *La Orden del Tigre*, escribió que en cierta medida le dolía no haberme llevado él al Tigre y ser, en suma, uno de los responsables remotos de mi novela. Echo de menos la frecuencia de Martín Prieto.

En los tiempos legendarios del felipismo, M.P. y Cristina Scaglione hacían unas fiestas dignas de novelas de Piglia. En una de ellas estaba invitado a cantar tangos Carlos Acuña, de quien se decía (esa es la leyenda) que era el novio no tan secreto de Pilar Franco, la hermana «verso suelto» del Ubicuo. Acuña entró en la casa del barrio de la Estrella de los M.P. y preguntó quién era Vargas Llosa. «Yo mismo», contestó Oneto. Por extraño que parezca, el

A LA INTEMPERIE

J. J. ARMAS MARCELO LA MUERTE DEL MULATO

Tengo para mí que Ricardo Piglia es uno de los más exigentes novelistas de la literatura en lengua española. Experto en lunfardo y tangos, sólo apabulla como escritor porque lo ha leído todo



tanguista y el periodista se parecen físicamente y, desde entonces, los he confundido muchas veces. Luego llegó Vargas Llosa a aquella fiesta y Oneto se lo presentó a Acuña como si fuera el periodista José Oneto. La broma siguió hasta el final. A los postres, Joaquín Leguina le servía cucharaditas de caviar Beluga a Charo López, Mercedes Sosa comía sin parar salmón ahumado del Canadá en la cocina de la casa, y M.P. meditaba sobre la traición con un trago en la mano y fumando incandescentemente en el patio que llamábamos la «M-30». ¡Eso eran fiestas!

Una vez llegué con el ministro Saavedra y la casa estaba tomada por la policía. «¿Qué pasa aquí?», me preguntó Saavedra. Pasaba que M.P. había escrito un artículo contra ETA llamándolos hijos de puta y dándoles la dirección de su casa para que vinieran a buscarlo de frente: la imprudencia de un valiente que requiere una novela de Piglia porque, además, la mitad de su biografía tiene que ver con Buenos Aires, donde nos conocimos en una noche de juerga interminable que acabó a las doce de la mañana.

M.P., fundador de *El País*, ¡no figura en ninguna de las páginas del libro de la historia de ese periódico! ¿Quién lo escribió? Juanito Ventolera, que luego quiere dar lecciones de la verdad ética que hay que decir siempre en el periodismo y que él se pasa por conveniencia por el forro de lo que siempre le faltó: la valentía que le sobró a M.P., en la vida y en el periodismo. De modo que está faltando un par de novelas de aquella época de locuras, juventud, imprudencia temeraria, terrorismo, terrorismo de Estado, latrocinios, enriquecimientos ilegales y «Marios Condes». Vaya uno a saber si de aquí a poco tiempo se puebla de historias la literatura española con alguien parecido al Renzi de Piglia contándolo todo. En un recital de Carlos Cano en el Monumental, en Madrid, el juez Garzón entra al final del espectáculo a felicitar al cantante, que también iba a las fiestas gloriosas de M.P.; me ve, me abraza y me dice al oído: «¡Cerros, cerros, hay cerros de información!». Después, pasó lo que pasó y toda la cúpula de Interior felipista pasó por la cárcel.

Vuelvo a Piglia. Tengo para mí que es, en estos momentos, uno de los más exigentes novelistas de la literatura en lengua española. Experto en lunfardo y tangos, no abusa de sus conocimientos y sólo apabulla como escritor porque lo ha leído todo y todo aparece transparentado en cada novela. Lo echo de menos cuando veo a tantos escritores mediocres escribiendo y diciendo mamarrachadas en sus blogs. Añado, para lectores delicuescentes y domingueros que leen por encima, y no entre líneas (como hay que leer estas intemperies), que el hecho de ser serio como escritor y tomarse muy en serio lo que se escribe no quiere decir que el resultado sea aburrido. Ejemplo: *Blanco nocturno*.